

EL PODER EDUCATIVO DE LOS CLÁSICOS

SABER MIRAR

Washington Irving nos enseña a mirar un monumento, a apreciar su arte y su historia entrelazadas formando un todo. ¡Qué distinto del recorrido atosigante e insustancial al que estamos acostumbrados! ¿Fotografías?, sí, pero como parte del recuerdo que nace del conocimiento y la admiración por la belleza y no sólo de la instantánea personal.

Interior de la Alhambra

Subiendo la pendiente y sombría alameda, llegamos al pie de una gran torre morisca cuadrada, que forma una especie de barbacana, y que constituye la entrada principal de la fortaleza. (...) El gran vestíbulo o porche de entrada está formado por un inmenso arco árabe de forma de herradura, que se eleva a más de la mitad de la altura de la torre. En la clave de este arco hay grabada una gigantesca mano, y dentro del vestíbulo, en la del portal, hay esculpida del mismo modo una desmesurada llave. Los que pretenden ser peritos en los símbolos mahometanos afirman que esta mano es el emblema de la doctrina, y la llave el de la fe; otros sostienen que está significando el estandarte de los moros que dominaron la Andalucía, en oposición con el cristiano emblema de la cruz. Sin embargo, el hijo de la Alhambra le dio una diferente explicación, más en armonía con las creencias del vulgo, que atribuye algo misterioso y mágico a todo lo que es de moros, y cuenta toda clase de supersticiones referentes a estas viejas fortalezas. (...) Frente a esta explanada está el suntuoso palacio comenzado por Carlos V y, pisando por delante de él, entramos en un sencillo y severo portal, que conduce al interior del morisco palacio.

La transición es casi mágica; parecía que habíamos sido transportados a otros tiempos y a otros reinos, y que estábamos, presenciando las escenas de la historia árabe. Nos encontramos en un gran patio embaldosado de mármol y decorado a cada extremo con ligeros peristilos moriscos: se llama el *Patio de la Alberca*. En el centro hay un extenso estanque o vivero, de ciento treinta pies de largo por treinta de ancho, poblado de dorados

pececillos y adornado de vallados de rosas. Al otro lado del patio se eleva la gran *Torre de Comares*. Por el costado de enfrente, sirviendo de entrada un arco morisco, entramos en el famoso *Patio de los Leones*. No hay un sitio del edificio que dé una idea más completa que éste de su original belleza y magnificencia, pues ninguno ha sufrido menos los deterioros del tiempo. En el centro se halla la fuente celebrada en los cantares e historias. La alabastrina taza derrama por todas partes sus gotas de diamantes, y los doce leones que la sostienen arrojan sus cristalinos caños de agua como en los tiempos de Boabdil. (...)

A un lado del patio hay un pórtico ricamente adornado, que abre paso a un hermoso salón embaldosado de mármol blanco, y que se llama la *Sala de las Dos Hermanas*. Una cúpula o tragaluz da entrada por la parte superior a una moderada claridad y a una fresca corriente de aire. (...) Estos adornos de las paredes y cúpulas están ricamente dorados, y los intersticios pintados con lapislázuli y otros brillantes y persistentes colores. (...) Encima de un pórtico interior, un balcón que comunica con el departamento de las mujeres. Existen todavía las celosías, desde donde las beldades de los ojos negros del harén podían mirar sin ser vistas los festines de la sala de abajo. (...)

En el lado opuesto del Patio de los Leones está la *Sala de los Abencerrajes*, llamada así por los galantes caballeros de este ilustre linaje que fueron allí pérfidamente asesinados. (...) Nos enseñó también unas grandes manchas rojizas en el pavimento, señales de su sangre, que, según la tradición popular, nunca se borrarán. (...) Desde el Patio de los Leones volvimos pie atrás hacia el de la Alberca, cruzando el cual entramos en la *Torre de Comares*, en

recuerdo del nombre del arquitecto árabe. Es de maciza solidez e inmensa elevación, y sobresale del resto del edificio, dominando el precipicio del lado de la colina que desciende agrestemente hasta el cauce del Darro. Un arco morisco da entrada al vasto y elevado salón que ocupa el interior de la Torre, y que fue la gran Sala de Audiencia de los monarcas musulmanes, y por tanto llamada *Sala de los Embajadores*. Conserva todavía restos de su antigua magnificencia: sus paredes están ricamente estucadas y decoradas de arabescos, y su abovedado techo construido de madera de cedro; aunque confuso en la oscuridad a causa de su gran elevación, brilla todavía con los más ricos dorados y las más hermosas tintas del pincel árabe. En tres lados del salón hay grandes huecos abiertos a través del inmenso espesor del muro cuyos balcones dan vista al verde valle del Darro, a las calles y conventos del Albaicín, y dominan el panorama de la lejana vega. Descubriré brevemente los demás deliciosos departamentos de esta parte del Palacio: el *Tocador de la Reina*, que es una especie de mirador en lo alto de una torre, desde donde las sultanas moriscas gozaban los puros ambientes de las montañas; el apartado y pequeño patio o *Jardín de Lindaraja*, con su fuente de alabastro y sus plantaciones de rosales y mirtos, naranjos y limoneros; los frescos salones y bóvedas de *Los Baños*, en cuyo interior se atemperan el resplandor y los colores del día con cierta misteriosa luz y corriente de frescura. (...) Un abundante caudal de agua traído desde las montañas por viejos acueductos moriscos corre por el interior del Palacio, surtiendo sus baños y estanques, brotando en surtidores en medio de las habitaciones y jugueteando en atarjeas a lo largo del marmóreo pavimento.

WASHINGTON IRVING



Washington Irving (1783-1859), nació en Nueva York, el 30 de abril de 1783. Considerado uno de los padres de la narrativa norteamericana, ha sido incluido por muchos críticos entre los grandes maestros de la literatura. Realizó estudios de Derecho, pero su vocación se interesaba más por el periodismo y la escritura que por la abogacía. Comenzó a escribir artículos en periódicos de Nueva York. En 1809 publicó *Historia de Nueva York*, con una perspectiva satírica que recibió la aceptación del público. A partir de 1815 viaja por Europa donde entabla amistad con los grandes escritores de la época como Walter Scott y Thomas Moore. Perteneció al cuerpo diplomático de su país natal y fue destinado a España donde escribió la *Historia de la vida y viajes de Colón* y su archiconocida *Cuentos de la Alhambra*. Regresó a Estados Unidos en 1846 y se retiró a su casa de campo en Sunnyside, donde redactó su obra más extensa, la vida de su admirado Washington en cinco volúmenes. Falleció el 28 de noviembre de 1859.